

# *Prólogo*

## **TRADUCCIÓN Y LINGÜÍSTICA MISIONERA.**

### **UN CASO: LOS TRADUCTORES FRANCISCANOS EN AMÉRICA**

Miguel Ángel VEGA CERNUDA

#### **La invisibilidad del (misionero) traductor**

Al parecer, desde que Lawrence Venuti (*Translator's Invisibility*, Routledge, 1995) formulara involuntaria y sintéticamente, (en dos únicas palabras que, por cierto, han hecho fortuna en la reflexión sobre los traductores y la traducción), la condición social de ese servidor de la comunicación que es el traductor no parece haber variado y mucho menos mejorado. Malhadado y desafortunado fue aquel postulado (quizás ya implícito en el *de oratore* ciceroniano) de la teoría traductora que proponía que el traductor no debía hacer notar su presencia en el texto terminal. De ese postulado a que el traductor no contase en la memoria colectiva hubo solo un paso. El traductor no ha existido ni en la historia de la cultura ni en la historia de la literatura, mucho menos en la historia social. En el mejor de los casos, al traductor se le ha reservado en los créditos de propiedad de los libros una minúscula y, a veces, defectible, mención. Todo eso a pesar de que un gran porcentaje de nuestra cultura es cultura traducida.

Si esta ha sido la condición social del traductor en general, cuando éste endosaba la cogolla monacal, su personalidad social era la de aquel Mr Cellophan que una célebre comedia

musical consagró como prototipo de la insignificancia. Si este traductor además enterraba su vida y su obra en el trópico africano o en el infierno verde de la Amazonía al servicio de la causa evangélica y del amor al indígena como era el caso del misionero, su persona se esfumaba como si de un duende demiúrgico de las selvas se tratara. Caso extremo era el del traductor que, además de ser misionero, profesaba la regla franciscana, pues en él, a la invisibilidad propia del traductor y a su condición de predicador del evangelio, le advenía, además, la del seguidor del “mínimo y dulce” (Rubén Darío dixit) Francisco de Asís: la de la modestia y humildad. A este respecto sería oportuno mencionar que la “minoridad” que Francisco impuso a sus seguidores ha tenido como consecuencia el que en la historia en ocasiones se hayan desdibujado sus servicios culturales. El hecho de que la “reducción”, propuesta de evangelización (que, por cierto, intentaba salvar de la contaminación cultural y de comportamientos con los conquistadores<sup>1</sup>) hallada por los franciscanos haya pasado como realización jesuítica alude a ese condicionamiento que pesaba sobre el franciscano: el de la transparencia o la invisibilidad social. Sahagún en Tlatelolco, callado pero eficaz, frente a Las Casas ante Carlos V, comprometido pero vocinglero, son antonomasias de dos actitudes, motivadas las dos por el mensaje evangélico, pero diferentes en su *performance*: modestia frente a apariencia y brillo social.

Perentorio resulta, pues, que al menos el historiador de la traducción haga justicia a los rendimientos de unos misioneros que se hicieron (quizás “a palos” como el médico molierano) traductores y que, trascendiendo la intencionalidad originaria (la de la predicación del mensaje cristiano) con la que pusieron manos a la obra de mediación un Juan de Tecto, un Toribio de Motolinía, un Bernardino de Sahagún, un Maturino Gilberti, un Jerónimo de Oré o un Luis de Bolaños, se vieron impelidos a recuperar para la memoria colectiva lenguas y culturas que en muchos casos solo gracias a ellos conservamos<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Mal se ha interpretado la “reducción” al considerarla un intento de segregación (tal hace, por ejemplo, el historiador francés J. Lafaye (Los conquistadores), que lo fue, pero positivamente. El hecho de que hoy en día en numerosos países americanos perviva la institución, bajo nombres diversos, normalmente el de reserva, alude a que la solución propuesta por los misioneros tenía conceptualmente su razón de ser.

<sup>2</sup> Huelga decir que tanto en el planteamiento como en la realización de nuestro trabajo hemos concebido el término “traducción” en un sentido “cultural” que trasciende las operaciones estrictamente lingüísticas y según el cual se integraría en él toda la multiforme tarea de mediación llevada a cabo en aras de la trasmisión del pensamiento y de la comprensión mutua: la realización de gramáticas (lo que los evangelizadores denominaba reducción a arte), los trabajos lexicográficos, los estudios de etnografía y la relaciones y trabajos historiográficos que daban visibilidad a los nuevos ante el mundo europeo.

Perentorio resulta destacar y defender, ante ese tribunal de la humanidad que es la historiografía, los servicios prestados al entendimiento de los pueblos por unos franciscanos que, en aras de esa misión evangelizadora impuesta por el mandato de Cristo *euntes docete omnes gentes* (Mateo, 28,19) y con el bagaje espiritual adquirido a través del estudio y la práctica, en un medio muy hostil, del ideario propuesto por Francisco de Asís, pusieron sus talentos y sus energías a trabajar para reducir la relación dual de las lenguas en contacto (el castellano por una parte y las “lenguas generales”, sobre todo aunque no solo, de los aborígenes: náhuatl, quechua, guaraní, etc.) al “lenguaje originario”, aquel que, según Walter Benjamin (*Die Aufgabe des Übersetzers*, Frankfurt, 1991) solo existe “en la mente de Dios”. Al reducir el habla de los cientos de pueblos y etnias de América a “arte”; al formular en sus lenguas los conceptos y principios del cristianismo o, a la inversa, al describir en nuestra(s) lengua(s) los ritos, costumbres o creencias de los pueblos aborígenes, sentaron las bases para un común entendimiento. Fue así como en el ejercicio de esta noble tarea, los misioneros franciscanos, iniciadores ya en 1502 (en tierra de los guaraos, en Cumaná, Venezuela) y protagonistas decisivos de la “misión” americana, se convirtieron sobre todo en lingüistas, etnógrafos y traductores, amén y al tiempo que predicadores, confesores, ministrantes de los sagrados ritos de la religión cristiana y, no en último lugar, en propagadores del progreso. Perentorio resulta hacer esa reivindicación ante el estado de una historiografía, la de la Colonia, anclada, por motivos ideológicos, en la negación de esos rendimientos más que en escudriñar el pasado y que realiza, con sentido maniqueo, autos de fe con unas perspectivas desenfocadas a los protagonistas de unas actuaciones que, como todo lo humano, tuvieron luces y sombras. Hoy en día se interpreta la comunicación que solo paulatinamente se obtuvo con el esfuerzo e incluso heroísmo de los misioneros como una derivada de la Conquista y una eliminación de la identidad indígena (para ello se utilizan términos como inculturación o aculturación cuando lo propio sería interculturación), cuando en realidad en muchas ocasiones fue esa comunicación la que la salvó de perecer en el decurso histórico a través de la obras traducidas por Sahagún, Olmos o Molina.

## **Lingüística misionera y lingüística franciscana**

El estudio de esa primera triple faceta mencionada (lingüista, etnógrafo y traductor) del fraile franciscano en tierras americanas es el objeto de los estudios que aquí se presentan y que dan o pretenden dar la visibilidad que a esa labor le corresponde. Una visibilidad que es justo conceder o devolver a un grupo humano caracterizado, el de los misioneros franciscanos, al que tanto la historia (=historiografía) como la sociedad se la ha negado. Bien es verdad que no solo se les negó esa visibilidad sino incluso el derecho a la existencia en cuanto grupo. Solo habría que mencionar un episodio, ciertamente nada ejemplar, del que fueron víctimas estos servidores del Evangelio en muchas naciones hispanas (Colombia, Perú, México 1859): la supresión o exclusión de su vida nacional (en aras de un laicismo malentendido), de estos profesionales del servicio social para comprobar que su tarea no se ha visto, no solo recompensada sino ni siquiera respetada y reconocida. Es de justicia reconocerles los méritos objetivos que rindieron a esas naciones y en general a la humanidad.

A pesar de los avances que en los últimos cincuenta años ha realizado la investigación histórica de las órdenes religiosas y a pesar de que la llamada “lingüística misionera” está a punto de constituirse (fundamentalmente a impulsos de la actividad del SIL, Summer Institute of Linguistics), en disciplina independiente que provoca numerosos congresos, son pocos todavía los trabajos (mayormente monográficos) que se han ocupado de la actividad lingüística de los misioneros franciscanos durante la evangelización, y en paralelo a esta, desde un punto de vista histórico. En este contexto justo es destacar tres trabajos pioneros que abrieron brecha en este muro del silencio: el del conde de la Viñaza (*Bibliografía española de las lenguas indígenas de América*. Madrid, 1892), que no trataba específicamente la lingüística franciscana, y la del capuchino Marcelino de Castellví (*Propedéutica etnoglotalógica y diccionario clasificador de las lenguas indoamericanas*. Madrid, 1958). Más tarde, la contribución “Lenguas indígenas americanas transmitidas por los franciscanos del siglo XVI” de Manuel Castro y Castro, del Archivo iberoamericano de Madrid, al Congreso de La Rábida de 1987, resultó el primer edificio levantado en el recinto de la averiguación sistemática del papel que las lenguas tuvieron en el episodio de la evangelización. Una obra clásica en el estudio de la evangelización americana, la del

sacerdote francés Robert Richard (*La conquista espiritual*, 1986), múltiplemente citada, a pesar de sus inestimables análisis, silencia mayormente los aspectos lingüísticos que esta evangelización comportó. Algo semejante hace Jacques Lafaye (*Los conquistadores. Figuras y conquistadores*, 1970) quien en el apartado los conquistadores espirituales despacha en un solo párrafo la ingente tarea realizada, bien que reconoce ser esta la labor más meritoria<sup>3</sup>. La terna constituida por los tres primeros trabajos mencionados puso de manifiesto que habían sido los seguidores del *Poverello* (él mismo empeñado en su tiempo en una misión ante el sultán de Egipto que, a pesar de que las fuentes no lo mencionan, tuvo que comportar una comunicación interlingüística) los que iniciaron una investigación léxica, morfológica y etnográfica, que, acompañada de la traducción directa e inversa de textos religiosos y antropológicos, dieron inicio a un nuevo ámbito de la ciencia lingüística: la de las lenguas amerindias. De sus trabajos muchos otros se han aprovechado.

En todo caso es todavía poco lo averiguado y escrito sobre los rendimientos culturales de los franciscanos en el ámbito de la lingüística misionera y la etnografía. De ahí deriva a la justificación del presente trabajo.

#### **Los franciscanos hispanos por los caminos de la traducción<sup>4</sup>**

Un proyecto de investigación financiado por el Ministerio de Educación de España y propuesto e iniciado por el Prof. Antonio Bueno de la Universidad de Valladolid bajo el epígrafe “Los franciscanos hispanos por los caminos de la traducción”, radicado a su vez en un marco temático más amplio que, bajo el epígrafe “la traducción monacal”, inició hace ya más de una década, es el origen de los trabajos que aquí se reúnen y con los que se pretende hacer justicia, más allá de la historiografía eclesiástica genérica o de la específica de la orden franciscana, a la labor científica de los miembros de esta última en los ámbitos mencionados. Una docena de capítulos misceláneos pero con el triple común denominador de lo franciscano, lo lingüístico y lo hispano, da cuenta, si no exhaustiva, sí orientadora de la complicación de un tema de perfiles poliédricos y que todavía guarda muchos ángulos

---

<sup>3</sup> El esfuerzo más notable, sin duda, aparte de la fiebre bautizadora, fue el aprendizaje de las lenguas indígenas, profundizado por la mayoría de los misioneros.

<sup>4</sup> Es Ortega y Gasset en su opúsculo *Miseria y grandeza de la traducción* quien habla de la función viajera de la traducción. Por eso y por lo que la traducción comporta de desplazamiento hacia el otro, nos pareció conveniente darle al proyecto esa referencia a la itinerancia: por los caminos de la traducción

desconocidos. Las aportaciones hechas en dos reuniones científicas (mantenidas en Guadalupe, España, y en Asís en el marco del desarrollo del proyecto) son las que aquí se presentan al público interesado.

El trabajo de Alonso del Val, franciscano de enorme cultura y brillante verbo e historiador de la orden, abre las contribuciones del volumen exponiendo las condiciones de la evangelización franciscana en América como contexto general de la labor lingüística de los frailes menores. Miguel Vega, de la Universidad de Alicante y profesor de historia de la traducción en la Complutense, insiste en el tema e investiga, utilizando las fuentes de la primera historiografía franciscana en Nueva España (Sahagún o Mendieta, por ejemplo), los procedimientos de evangelización y la triple labor científica etnológica, lingüística y traductora que de aquella derivó. El profesor de la Facultad de Traducción de Soria Joaquín García-Medall ejemplifica el trabajo que estos misioneros realizaron en el ámbito del grupo de lenguas otomangueanas (propias de la región central de Méjico, algunas de ellas hoy en día desaparecidas) durante el siglo XVIII. Marta Pulido, investigadora y profesora de la Universidad de Antioquía en Colombia, da cuenta de una de las dificultades con las que se encuentra la investigación en este campo, el acopio de fuentes, recopilando los documentos que el investigador tendría a disposición en las bibliotecas colombianas, producto mayormente de la fecunda y revuelta presencia de la orden franciscana en las tierras de Nueva Granada. G. Bastin y Laura Pérez, teóricos e historiadores de la traducción de la Universidad de Montreal, ponen de manifiesto la labor de recuperación que en el ámbito de las lenguas y culturas existentes en el territorio colonizado por los Welser, (ámbito de gran diversidad: cumanagotos, motilones, etc.) realizaron los frailes menores y, más tarde, los frailes menores capuchinos. Pilar Blanco de la Universidad Complutense, insiste en ese ámbito geográfico y analiza como ejemplo de actuación en el campo de la lingüística y la etnografía la labor del menor capuchino Cesáreo de Armellada, misionero entre.... Beatriz Aracil, profesora de la universidad de Alicante y pionera en la investigación del teatro misionero en Méjico, y Dianella Gambini, profesora de la Universidad para Extranjeros de Perugia, centro universitario de los lares del franciscanismo, ponen de manifiesto la utilización que del teatro hicieron, aprovechando la inclinación dramática de los naturales, los frailes franciscanos en los territorios de Nueva España. Aracil da visibilidad a un concepto frecuentemente ignorado en estos contextos: el de traducción cultural. Isabel

Acero Duránte, profesora de la facultad de Soria, hace honor a uno de los padres de la lingüística novohispana, fray Maturino Gilberti, que aunque francés, sirvió en tierras hispanas. Eleuterio Carracedo, profesor asociado de la Universidad de Valladolid, glosa la labor traductora de Rosario Valdivia, fuerza viva de la benemérita Universidad Ricardo Palma de Lima, expone la labor de trasvase cultural que supuso la traducción del Catecismo Limeño a las lenguas del antiguo incanato en el marco de las reformas de Toribio de Morgrovejo y la labor que en este contexto desarrolló el franciscano huamango Jerónimo de Oré. La docente de la Facultad de Soria Elena Irene Zamora se centra en el que quizá fue el tipo de texto más decisivo en la evangelización, a saber, el catecismo, cuya metodología analiza in extenso. Antonio Bueno, decano de la facultad de Soria, pone en relación la función social de muchas de estas traducciones franciscanas ejemplificándola en la obra del ecuatoriano Vicente Solano, mentor de una identidad cultural ecuatoriana. La contribución de Tomás Serrano, de la UNAM, cierra el volumen glosando la personalidad de Bernardino de Sahagún.

Son aportaciones que elaboran contextos (la evangelización y la colonización), disciplinas (etnografía, lingüística), textos (vocabularios, catecismos) y perfiles biográficos (Sahagún, Solano, Oré, Palou) de la historia de la lingüística americana para integrarlos en una disciplina suprasegmental que está pidiendo a gritos mayor atención en el interior de unos estudios universitarios de la traducción que trascienda lo meramente profesional y se oriente también a lo cognitivo: la historia de la misma.

Con ello el presente volumen recupera para la historiografía específica de la disciplina unos perfiles biográficos y científicos a los que hasta ahora solo se les había hecho justicia en la historiografía religiosa<sup>5</sup>. Por supuesto que con ello hacemos justicia a un tema, no a la exhaustividad del mismo. En el horizonte de futuras investigaciones quedarían perfiles y actuaciones como las del hispano-alemán P. Augusta, ofm cap, en Chile, realizador del diccionario clásico de mapudungun-español, o del P. Arcila, ofm, versor colombiano tanto

---

<sup>5</sup> El presente volumen se completa por otros que se publican en Perugia (Italia), Praga (República Checa) y Madrid (España), consultables todos en línea a través de [www.traduccion-franciscanos.uva.es](http://www.traduccion-franciscanos.uva.es) y que hacen referencia a la labor traductora y lingüística que la orden franciscana realizó en territorio peninsular. Perfiles personales como el de Lucas Wadding, ofm, fraile irlandés que anduvo por tierras castellano-leonesas, o Melchor de Pobladora, ofm cap., eruditísimo investigador de la historia de la orden franciscana, entre muchísimos otros, encuentra allí, al menos, mención.

al latín como al castellano del francés o del latín, son entre muchas otras. La contribución del Prof. Bueno sobre Solano es indicativo de la continuación que este volumen exigiría: la presencia franciscana en las naciones americanas a través de la acción cultural referida a su acervo literario.

Nuestra enhorabuena al prof. Bueno por haber abierto brecha investigadora en un campo cuya documentación puede proyectar nueva luz sobre el devenir histórico de las naciones americanas y, por supuesto, de la orden franciscana. Ni las primeras pueden explicarse sin la segunda ni a la inversa: lo hispano constituye una parte fundamental en la historia de la orden franciscana.

*Miguel Ángel Vega*